

## 1. LIBROS

GARCÍA DE ANDOIN, Carlos, *Laicos cristianos, Iglesia en el mundo*. Ed. HOAC, Madrid, 2004.

Durante la lectura de estas 400 páginas me ha asaltado mil veces la pregunta de quiénes serían sus destinatarios principales. Casi les puedo indicar ya mi hallazgo. El autor se dirige con prioridad a las cúpulas episcopales, a los organizadores de la pastoral en diócesis, secretariados, parroquias, obras e instituciones eclesiales. Con lenguaje civil, serían denominados el “funcionariado” de los distintos estamentos orgánicos eclesiales. Quiero creer que se dirige también a los incontables laicos cristianos, en los que sueña. Pero es un libro difícil.

Consta el libro de introducción, diez capítulos, epílogo y bibliografía. El capítulo I, *Siglo XX, la hora de los laicos y laicas*, arranca con León XIII, asomándose hacia atrás a personajes e iniciativas del siglo XIX, mayormente francesas (los Círculos Católicos de Obreros, de Albert de Munt; el empresario León Harmel; la Sociedad de San Vicente de Paúl, de F. Ozanam; Marc Sangnier y ‘Le Sillon’)... En la primera mitad del XX circulan desde el Marqués de Comillas, el P. Ayala, Angel Herrera, José Antonio Aguirre, el italiano Luigi Sturzo, hasta J. Maritain, E. Mounier, François Mauriac y *La France, pays de misión?* Los 50 y 60 vienen definidos como “la pujanza eclesial del laicado” (la JOC, la HOAC, los otros Movimientos Especializados, y añadan ustedes nombres como Ruiz-Giménez, Miret Magdalena y Alfonso C. Comín, e instituciones-revistas como *Cuadernos para el Diálogo, El Ciervo, Esprit, Iglesia Viva...*). Una duda: Si el autor reconoce esa “pujanza eclesial del laicado”, ¿por qué resuelve su balance con tres afirmaciones descalificadoras en la pág. 254? Es el tiempo del preconcilio y del Vaticano II –con aquella generación de teólogos–, y del decreto conciliar sobre el Apostolado Secular.

El capítulo II, *Horas pasadas de los laicos*, se inicia con una afirmación de fracaso, referida al laicado y a muchas otras cuestiones: “lo que nos encontramos es con intentos que podrían haber conducido la historia por otros derroteros y que sin embargo han resultado fallidos” (p.57). Su desarrollo irá desde los mártires (antes de la contraposición *laikos-kleros*) hasta el final del siglo XIX (John Henry Newman), con una reflexión intermedia sobre “los dos géneros de cristianos”: el de los clérigos, superior, dedicado al servicio divino... y el de los laicos, inferior, dedicado a la familia y al trabajo (p. 62ss). Y no se crea que

---

Graciano, a quien se atribuye ese texto, es prehistórico. Pío X escribe a la Iglesia de Francia la encíclica *Vehementer Nos* (1905) en la que niega legitimidad al régimen político laico francés y afirma a la Iglesia como sociedad esencialmente desigual ("*societas inaequalis*"), integrada por dos categorías de personas (p. 72). El vaivén de fechas hacia atrás y hacia delante es del autor.

*Nuevas energías de santidad y participación*, es el título de apariencia entusiasta que el autor da al capítulo III, en el que informa sobre lo que se mueve en el entorno de las iglesias locales (desde las comunidades de base hasta los cursillos de cristiandad), los nuevos movimientos eclesiales (neocatecumenales, carismáticos, legionarios de Cristo, focolares, Comunión y Liberación, Comunidad de San Egidio, Opus Dei, Asociación de Propagandistas), lo que está surgiendo en los entornos de las órdenes religiosas y las mujeres, a quienes reconoce una condición transversal. Al introducir un primer balance (págs. 114-127), cuantifica y afirma que "en España hay un cuerpo asociado de católicos [los citados en las páginas inmediatas] que puede rozar el millón y medio de personas, sin contar hermandades ni cofradías [...] una ciudadanía cristiana que ha acreditado ya una experiencia religiosa profunda y personal y una vida en respuesta a la llamada al seguimiento de Jesús, una ciudadanía cristiana que vive con un gran sentido de comunión eclesial su responsabilidad en la misión toda de la Iglesia, el anuncio y la construcción del Reino de Dios". ¿Quién dijo crisis? "Los avances son precarios y afectan todavía a minorías", dice sin embargo el autor en su introducción a este capítulo (p.18). Más adelante volveré sobre este balance, cuando menos contradictorio desde el propio título.

Después de "las nuevas energías de santidad" en cifras importantes, roba a Juan Pablo II el título del capítulo IV, *El Laicado, un gigante dormido*, para explicar por qué una minoría de laicos es cada vez más consciente de su vocación y sus responsabilidades, mientras una mayoría creciente vive de forma lánguida y desfalleciente su catolicismo. El autor se ampara en una reflexión de J. M<sup>a</sup> Mardones según la cual "está tocando a su fin una forma de catolicismo: el denominado de cristiandad", y despliega su análisis caracterizando la situación de un cristianismo difuso, un déficit de presencia pública y una crisis de transmisión de la fe. Por estos pagos circula más de una de sus obsesiones, explicitados en éstas y muchas otras páginas.

El capítulo V, *Reconstruir la experiencia cristiana de Dios en la experiencia del mundo*, calificado por el autor como "gozne de la reflexión del libro", opta por recuperar la identidad cristiana en lugar de empeñarse en reformar y exhibir la iglesia (¡entre la pág. 147 y la 168 apenas cita más de dos o tres veces la palabra iglesia, lo que es un ali-

---

vio de eclesiasticismo, no de eclesialidad!). Y consigue aquí sus mejores momentos de lectura comunicativa.

En el capítulo VI, *La secularidad ¿de los laicos?* (pp. 169-202), plantea un debate sobre el concepto de “secularidad”, cuya atribución exclusiva a los laicos rechaza. Una constatación tipo: “Todo eso que es tan común a los mortales no es propio del ministerio en la Iglesia católica” (p.185). Y otra, que es una denuncia: “Es curioso. Los laicos somos los responsables de llevar el evangelio al mundo, pero son los obispos, la curia y el papa quienes toman posición política en todas y cada una de las cosas que constituyen asunto público en nuestras sociedades democráticas” (p.196). ¿Será una ingenuidad creer que sigue vigente aquello de los seglares como “*manus longa*” de los obispos? ¡Qué difícil despertar, cuando lo logre, va a tener “el gigante dormido”!

Los capítulos VII y VIII, *La presencia pública de los cristianos* (pp. 203-249) y *La política, en el centro de la presencia pública* (pp. 249-289), tienen cercanía temática entre sí. Tras afirmar el autor la diferencia entre presencia pública de los cristianos y presencia pública de la Iglesia (para esta última hace una larga enumeración que va desde el papa y sus viajes hasta la programación en medios públicos y estatales, pasando por el Rocío, Cáritas, Gescartera, la homosexualidad, la COPE... -p. 204), dejó constancia de algunas afirmaciones: “...es notoria la invisibilidad de la presencia pública de los cristianos laicos [...] la presencia de los cristianos laicos es presencia de Iglesia [...] hablaremos de la presencia pública que los cristianos y cristianas realizan bajo su responsabilidad haciendo presente a la Iglesia, desde luego diferente a aquella presencia pública que se realiza ‘en nombre de’ la Iglesia o bajo su titularidad que ésta sí representa al conjunto de los cristianos...” (p. 204ss). ¿Sería correcto concluir que la Iglesia sólo considera propio de verdad lo que se realiza “en su nombre y bajo su titularidad”, por ejemplo, lo que se dice en la COPE, y que eso “representa al conjunto de los cristianos”? ¿Por qué eso es lo común, si no parece siquiera lo más importante? Grave conclusión si fuera correcta.

Que el lector se cerciore por sí mismo y vea, si se considera laico cristiano, dónde es más invisible, si en la sociedad o en la propia Iglesia. Que se empape de “la espiral del silencio” tejida en torno a todo lo bueno que los cristianos hacen, y profundice en los rasgos del modelo de presencia pública que el autor postula y en su identidad, que se asome a vivir religiosamente lo profano, y se detenga un poco más en los valores que caracterizan la familia cristiana (¿no será sencillamente la familia tradicional, la que ha habido en estos pagos?). Que haga otro tanto con el trabajo. Y advierta que hay varias formas de presencia asociada (p. 236): a) la participación del cristiano en asociaciones civiles; b) su actuación a través de asociaciones de inspiración cris-

---

tiana; c) a través de asociaciones eclesiales en las realidades temporales; y d) el mismo apostolado laical asociado, “porque las asociaciones han de impulsar una presencia pública en cuanto tales, pues es “exigencia y condición para una eficaz acción evangelizadora” (CLIM, nn.118-123).

¿Neoconfesionalismo, dice alguien? “El rechazo del neoconfesionalismo no es razón para frenar el necesario impulso de un tejido asociativo dinámico y vigoroso de matriz cristiana en todos los órdenes y modalidades” (p. 236). Y en las páginas que siguen, hasta la 247, se aplican los principios enunciados a la promoción de obras propias, a la acción en el tercer sector (“puesto que muchas de las ONGs proceden de matriz cristiana...”), a la educación en el tiempo libre, en los medios de comunicación (aunque se rechaza con fuerza la deriva de la COPE, una obra de titularidad episcopal, y con menos fuerza el encarte semanal en *ABC* de *Alfa y Omega*, revista del Arzobispado de Madrid), a la Escuela cristiana, al apostolado laical asociado... ¿Neoconfesionalismo, osa seguir diciendo alguien? Usted mismo, lector, diga su opinión tras estas 40 páginas.

Al autor le duele la política y que en el espacio político actual apenas tenga relieve confeso y explícito la aportación cristiana. Por eso en el capítulo VIII (pp. 249-289) pone *La política en el centro de la presencia pública*, y se propone enriquecer la opción por el pluralismo político de los cristianos en varias direcciones: a) promover no sólo la acción política del laico “como cristiano”, sino también “en cuanto cristiano” (Maritain); b) activar la fe como factor de cultura política, sin reducirla a motivación para la acción individual (ofrece tres muestras señeras: el socialismo religioso, el personalismo comunitario y la democracia cristiana); c) mejorar la cultura eclesial abriéndola hacia la política y lo público.

Se inicia el viaje del confesionalismo al pluralismo, explica lo que significa actuar “en cuanto cristiano” (“comprometería a la Iglesia como tal y debería estar limitado a aquello que la autoridad de la Iglesia confirmara”, pero podría llevar a una presencia cristiana y eclesial, aunque no en nombre de la Iglesia, p. 255). Apunta hacia la fe como factor de cultura política (“el carácter trans-ideológico y el plus original e irreductible de la fe cristiana”, citando a R. Díaz-Salazar), al tiempo que ofrece las tres formas de cultura política del cristianismo ya citadas, (ninguna de las cuales, ni siquiera la democracia cristiana, debe tener algo que ver con partidos y políticas confesionales, ¿o sí?). Propone la creación de una cultura eclesial activa hacia la política.

Para contar la reanimación que percibe entre 1998-2004, recalca primero en las izquierdas y alude al grupo de “cristianos socialistas o cris-

---

tianos en el interior del PSOE”, en la onda de experiencias anteriores en Euskadi y Catalunya, y a lo que ha venido ocurriendo en el ámbito de Izquierda Unida. Recala después en los católicos de centro-derecha (Congresos de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, y encuentros posteriores de parlamentarios con monseñor Rouco, en el 2000, “particularmente para la superación de los miedos de aplicar una política fiel a las demandas de la Iglesia: en materias de asignatura y profesores de religión, aborto, biogenética, eutanasia, familia y financiación de la Iglesia”). Por cierto, ¿cabe imaginar a monseñor Rouco dialogando sobre esos mismos temas en el Congreso de Teología o con parlamentarios cristianos de izquierda? Recala también el autor en los partidos nacionalistas y se concede unas páginas para describir las relaciones Iglesia-Gobierno en el periodo del PP.

De los dos últimos capítulos sólo mencionaré su título: el IX, *Impulsar la corresponsabilidad y la ministerialidad laical*; el X, *Opciones clave de la Iglesia local: formación y apostolado seglar asociado*.

\* \* \*

Tras este premioso recorrido por el libro, casi sólo descriptivo por mi parte, debo alguna opinión o interrogante personal:

1. Sigo sin saber a quién se dirige el autor, que tiene notable desmesura en asomarse a todas las ventanas y a varias de ellas repetidas veces. ¿Vale la pena mencionar a casi todos y hablar de casi todo?

2. Tras 400 páginas, uno recibe la sensación de que las cosas, en cuanto a teología del laicado, criterios pastorales, “nuevas” realidades o movimientos, etcétera, están donde estaban hace 25 años o vaya usted a saber. ¿No ha pasada nada, desde entonces, en la sociedad, en la Iglesia?

3. Con mis respetos a la persona del autor, a quien reconozco como laico cristiano cabal, afirmo que su cercanía a los entornos eclesiásticos contamina de eclesiasticismo muchas páginas del libro, en el lenguaje y en el proceso discursivo, desde el título y algunos encabezados de capítulo hasta incontables afirmaciones.

4. ¿Es el título del libro cobijo para la mayoría, o quedan fuera de ese paraguas muchos laicos cristianos? ¿Aceptaría la Iglesia cobijar, y sentirse representada en el mundo por aquellos cristianos que, afirmando su fe en Jesucristo, rechazan la enseñanza de la religión confesional en la escuela pública y el estatuto profesional de los profesores de religión defendido por los obispos, o defienden posiciones bastante diferentes de las episcopales en temas como el aborto, la biogenética, la eutanasia, la familia o la financiación de la Iglesia? Nótese que justo estos temas eran el objeto de los encuentros de monseñor Rouco con

---

parlamentarios, “para superar los miedos de aplicar una política fiel a las demandas de la Iglesia” (p. 271ss). ¿Para anunciar a Jesucristo o para defender los intereses de la Iglesia? ¿Iglesia somos todos? Depende, ¿o no? ¿Hasta dónde se aplica ese texto de la CLIM: “los laicos que son Iglesia y son la Iglesia en el mundo, con su presencia en la vida pública, hacen presente a la Iglesia en el mundo y...”? (p. 204). Si no es una tautología, ejercítese la discreción de espíritus.

5. En el capítulo III se entera uno de muchas cosas (no se dejen disuadir por el título, aunque sea de Juan Pablo II), de muchas asociaciones, movimientos, grupos, clasificados con buen criterio... en total millón y medio, sin contar hermandades y cofradías, ya se dijo más arriba. ¿No es “eclesiasticismo” más que discutible ponerles el título de “energías nuevas de santidad y participación”, o aplicarles ese balance global superpositivo de la pág. 114, citado antes, como lo sería el decir lo contrario, sin análisis? Uno se frota a veces los ojos para decir “lo que me estoy perdiendo”; y otras le vienen ganas de gritar aquello de “cuerpo a tierra, que vienen los nuestros”. Menos mal que el arzobispo de Cuenca-Ecuador y O. González de Cardedal echan una mano al autor para poner sordina a los entusiasmos neocatecumenales, alertando de peligros fundamentalistas (p. 118ss). Y se agradece al autor, tras un excursus in crescendo sobre la mujer en la Iglesia, la cita breve del cardenal Flahiff, en el Sínodo de Obispos de 1971: “El Vaticano II ha declarado la abolición de toda discriminación respecto a la mujer, pero la Iglesia no ha hecho nada verdaderamente importante en este sentido. Las mujeres esperan un gesto de autenticidad” (p. 113). ¿Y desde 1971 hacia aquí?

6. El autor manifiesta casi obsesión, entre muchos aspectos, por la identidad cristiana, por el testimonio explícito de los cristianos y por el escaso eco que la sociedad presta hoy a esta confesión cristiana. Apunta una buena síntesis de la identidad cristiana: “Hoy las señas de esta identidad cristiana son el compromiso contra la exclusión social, la reivindicación de la solidaridad internacional y la justicia global, la denuncia del neoliberalismo, la defensa de las minorías étnicas, la postulación de un desarrollo sostenible, las perspectivas de género, la acción por el desarme y los derechos humanos, y, últimamente, la lucha a favor del mestizaje y el multiculturalismo” (p. 209). Pero, ¿van por ahí las intervenciones episcopales, son estos los objetivos del millón y medio de laicos cristianos cualificados, son éstas las noticias que genera este colectivo?

Este libro desmedido ha provocado una recensión excesiva, que podría continuar. Acabemos, pues, y disculpe el lector...

**Antonio Albarrán Cano**

BERMEJO, José Carlos. *Estoy en duelo*. Ed. P.P.C./Centro de Humanización de la Salud. Madrid, 2005. 144 págs.

Frente a la muerte no hay palabras de consuelo, por más que la fe cristiana o los convencionalismos sociales induzcan a repetir tópicos –que, por otro lado, siempre encierran algo de verdad– con la buena intención de salir al paso del dolor de quien ha sufrido la pérdida de un ser bienquerido, y de la infinidad de sentimientos que se viven en tal situación, siendo el desamparo uno de los más intensos. De ahí que la intención de este pequeño libro, sin pretender ser receta para quienes viven en duelo, sea ofrecer una serie de reflexiones y testimonios sobre el modo de vivir y acompañar saludablemente esa elaboración del dolor en el vacío y soledad que es el duelo.

Las experiencias que se recogen en *Estoy en duelo* encontrarán un indudable eco en los lectores, que en uno u otro momento hayan vivido de cerca situaciones semejantes, llenos de dudas a la hora de encontrar respuestas que superen el desgarramiento de la muerte no desde el olvido sino ancladas en la esperanza. Lo que ayuda y lo que no, las inevitables preguntas (¿por qué ha tenido que pasarme a mí, ahora...?), las implicaciones prácticas de la pérdida (qué hacer con las cosas del difunto, con los recuerdos...), el sentimiento estéril de culpa (se pudo amar mejor, acompañar mejor, cuidar mejor...), el sentido del más allá y el valor terapéutico de los ritos y de la fe, qué decir a los niños, cómo aprender de las pérdidas –también de las personales propias, fruto de accidentes o del inexorable decaer físico... son cuestiones que aparecen a lo largo del libro como una ayuda inestimable. Una laguna, sin embargo, supone el tratamiento del suicidio (pág. 57-60), pues al hacer aquí el autor especial hincapié en la responsabilidad de todo el mundo en su prevención, cuando tal responsabilidad debe reclamarse, en general, para tomar conciencia de la realidad y construir una sociedad donde la vida se respete y cuide (sanidad pública, cuidado de la naturaleza, seguridad vial y laboral...), puede hundir en el sentimiento de fracaso y culpabilidad a quienes han permanecido cercanos a la persona suicida sin ser capaces de evitar tan grave decisión.

Hecha esta salvedad, que no empaña el conjunto de las reflexiones, el deseo –y consejo– de “encontrar más inspiración en la escucha que en el deseo de consolar fácilmente” a quienes sufren y están en duelo (pág. 139), es el mejor colofón de este breve, aconsejable y práctico libro.

**Joaquim Adell Ventura**

---

## 2. MÚSICA

### MÚSICA PARA EL ALMA (II)

Al escribir el apelativo “mística”, como agregado a determinadas composiciones musicales, está claro que me estoy refiriendo a lo que, en una escucha emocional, puede dar origen a esa apreciación. No me refiero a la experiencia de absorción en la divinidad, que por tantos medios –incluidos música y sonido– se alcanza en tantas religiones y grupos humanos (*The mystic experience. A descriptive and comparative analysis*, Jordan Paper), sino en relación con la música occidental, que creo no se ha dado hasta el presente.

Que sin embargo es fácil de aplicar partiendo de definiciones confusas, si tenemos en cuenta que de Platón a Schopenhauer se nos ha hablado de la música como algo “que se adentra en lo más recóndito del alma y se apropia de ella del modo más enérgico” [...] “la música se instala en nuestra intimidad y parece fijar allí su domicilio. Así, el hombre habitado y poseído por esta intrusa, el hombre transportado por ella fuera de sí, ya no es el mismo” (citados en *La música y lo inevitable*, Vladimir Jankélevich).

Adorno, aunque refiriéndose a la música contemporánea (en su caso a la dodecafónica), dice que “lo que el oído atento ha encontrado una vez, se deforma en un sistema inventado por el que se debe poder medir de manera abstracta lo correcto y lo falso de la música” (*Filosofía de la nueva música*, Th. W. Adorno). Podríamos decir: lo que sentimos al escuchar música, sólo vale si resiste a un análisis (objetivo) de la misma.

La música es, pues, sospechosa, pero no hay que renegar pura y simplemente de ella. Adorno pudo equivocarse en algo. Comentaristas y jueces anteriores a él, en mucho. No olvidemos el mito de Orfeo, creador de paz y concordia con la música de su cítara, que bendecía a la aurora y veneraba a Helios, el sobrio y casto dios de la luz, pero que advertía: “*Cave carmen...*”. Tened cuidado con el encanto.

No son pocos los compositores que han buscado, y lo han escrito muy bien, el silencio como culminación del contenido espiritual que quieren reflejar en su música (Ravel, Debussy, Fauré, el Albéniz del final de *El Corpus Christi en Sevilla*, Satié... y especialmente, en mi opinión, Federico Mompou en su *Música callada* en la que deja cantar la “soledad sonora” de san Juan de la Cruz). El alma es muy silenciosa. Ya lo dice Arkel: “...ahora necesita el silencio” (*Pélleas et Mélisande*, C. Debussy).

---

Sorprendentemente la música electrónica, con sus nuevos sonidos, con sus repeticiones de notas o temas cortos ha sido la que se ha acercado más a la llamada “música mística” (el campo de lo religioso es otra cosa). Tomás Marco, en su monumental obra *Pensamiento musical y siglo XX*, en el último capítulo (“Minimalismo místico”), refiriéndose a las dos últimas décadas del siglo pasado dice:

“Uno de los fenómenos que configuran... lo que se ha dado en llamar pensamiento posmoderno... fue la reaparición de preocupaciones religiosas o parareligiosas en las artes... Lo que es absolutamente seguro es que se dio con amplitud en el arte musical. Ello es consecuencia de que la vida social reincorpora el elemento religioso, no sólo con la práctica de las religiones tradicionales, sino... por el pensamiento trascendente oriental y por el ascenso de toda clase de supersticiones empezando, aunque no es la única, por la popularización de la astrología... rituales de tipo magicista e incluso de cultos satánicos”.

En este sentido iban, sin duda, las palabras de Benedicto XVI a los jóvenes asistentes en Colonia a la XX J.M.J, sobre la religión “como artículo de consumo”.

Utilizando los medios que la técnica ha puesto a su alcance, especialmente los electrónicos, un número importante de compositores contemporáneos han desarrollado una obra que ha alcanzado, o en algún caso está en camino de hacerlo, un notable matiz espiritual que entra en lo que algunos comentaristas llaman misticismo, e incluso se habla de “la invasión de música neomística rusa”, que se produce como consecuencia de la desaparición de la antigua Unión Soviética.

Arvo Pärt, presentó en el 48º Festival de Música Contemporánea de la Bienal de Venecia (Octubre, 2004) una pieza creada unos años antes (1999) por encargo del Festival de Música de Canarias. La obra tiene unas reminiscencias totales de poesía mística (*Como cierva sedienta...*) y el compositor dice: “Esa frase me ha acompañado toda la vida... Uso los aspectos objetivos del texto, desde la puntuación hasta las sílabas... Es mi corazón, mi visión del mundo, el que decide finalmente en la obra musical”. Con estas, y otras palabras de una seductora entrevista hecha después de la presentación en Venecia, vemos: a) Un místico trata de expresar su visión, su unión con lo inefable; b) Tiene que usar palabras; c) Estas palabras ayudan a un compositor a crear una obra. De su obra, Pärt agregaba: “La catarsis que contiene la música y que nace del dolor, da la esperanza”. Pues bien, un comentarista musical titulaba la audición veneciana: “Arvo Pärt cautiva y divide a Venecia con su música mística”.

Cage, Nono, Stockhausen, Penderecki, Gorecki, Gubaidulina, Pärt, Kancheli, Zukov, Ultsvolskaya, Tavener, McMillan, Rihm, Takemitsu, Ligeti, el español Sánchez-Verdú... la nómina de compositores contemporáneos que crea música no mística, pero que llega al alma, es muy extensa y no me resisto a citar como ejemplo a los anteriores, porque pocas ocasiones hay en España de resaltar sus nombres.

La música llega al alma, claro que sí. Al menos a las sensaciones. Javier Sanpedro, en *El País*, contaba hace tiempo la experiencia que Stefan Koelsch y su equipo del Instituto Max Planck de Ciencias del Cerebro Humano y de la Cognición, en Leipzig, vienen realizando. ¿Por qué hay músicas que no encajan con la letra que las acompaña, se trate de “canciones de verano” o de grandes óperas? Su experimento se desarrolla en la audición de música y el voluntario debe asociarla con una palabra. Se veía que un conjunto de nombres abstractos y concretos, encajaban con lo que la música pretendía definir. Los voluntarios no tenían formación musical ni conocían los pasajes musicales a escuchar.

Un paso avanzado fue elegir pasajes musicales en que los autores habían dejado escrito en qué circunstancias emocionales los habían creado. Schönberg, por ejemplo, dejó dicho que un fragmento de su *Terceto de cuerda* era una descripción de las punzadas que había sentido durante un infarto. Este pasaje, durante el experimento, casaba con la palabra *aguja*, que venía a la sensación del oyente. La palabra *estrechez* casaba con una melodía de notas apelotonadas y disonantes, y *amplitud* con una de intervalos más espaciosos.

Hay un libro muy interesante (*Constructing Musical Healing*, June Boyce-Tillman), publicado en castellano con el título *La música como medicina del alma* (Paidós), en el que se expone una teoría avalada con resultados muy satisfactorios, y con ejercicios para el desarrollo de los mismos. Está avalada por el trabajo de numerosos investigadores, médicos y musicólogos. El resumen de tan interesante libro es: la música, sana. No sólo en las sociedades en que al ritmo de tam-tam o tambor los chamanes curan enfermos, sino en la sociedad occidental, en la que la dualidad individuo/sociedad tiene tantas rupturas que muchos individuos enferman por el simple enfrentamiento de su ser con el entorno. Quien no encaja en la estructura social, está en una jaula. Según la autora, compositora de música sacra, fundadora de la Hildegard Network y profesora en un “college” universitario –y esta afirmación no la dice sólo con palabras–, todas las formas de conocimiento están contenidas en todo individuo, y su aplicación para el alivio y cura de sus enfermedades puede validarse mediante producción musical.

La música del New Age, hace muchas aportaciones en este proceso. No toda la música con ese nombre, porque bajo esa denominación han existido creaciones musicales que son un desastre. Uno de los referentes de esta música, el arpista Andreas Vollenweider declaraba (*El País*, 21.05.2005): “Nunca me sentí a gusto en esa categoría porque está llena de música superficial”.

Seguramente la música no nos “introduce” en Dios, pero puede curarnos el alma.

**Lorenzo Torrente Ranera**

---

### 3. CINE

**CINDERELLA MAN****La lucha por la supervivencia.**

*Dirección:* Ron Howard. *País:* USA. *Año:* 2005.

*Duración:* 144 min. *Género:* Biopic, drama.

*Interpretación:* Russell Crowe (Jim Braddock), Renée Zellweger (Mae Braddock), Paul Giamatti (Joe Gould), Craig Bierko (Max Baer)

James Braddock fue un boxeador no excesivamente brillante que tuvo la suerte de derrotar al poseedor del título de los pesos pesados y escapar así de las garras de la miseria que, como a tantos americanos, le atenazaban. Su nombre y su historia hubieran pasado desapercibidos en los anales del boxeo si no fuera por un periodista deportivo que relató, con gran emoción y fuerza, su biografía personal: la historia de un americano que con su esfuerzo personal supo aprovechar la oportunidad que, una vez más, América, tierra de las oportunidades, le brindaba.

Como colegirse puede, *Cinderella man* es un filme de carácter patriótico, ensalzador y estimulante típico de esa especie de psicología del éxito que parece aquejar al pueblo norteamericano. A lo largo de todo el filme se prima el esfuerzo personal, la lucha individual de un hombre que sumido en la pobreza, lucha hasta lo indecible para salir de ella. A la vez se subraya el aspecto de vida honrada e íntegra que este hombre posee, lo que le da al filme un aspecto muy hagiográfico, un aire de vida ejemplar o, como su título indica, de cuento de hadas.

El filme es también crónica de unos años y de una época que parecen hoy ya olvidados, donde la inmensa mayoría de los ciudadanos norteamericanos vivieron sumidos en una situación de gran necesidad. En este sentido *Cinderella man* recrea esos barrios humildes y esos apartamentos miserables, donde hasta lo más necesario faltaba. Hay momentos muy significativos de esta situación, como cuando la madre mezcla con agua la poca leche que queda para dárselo a sus niños o cuando con éstos recoge madera de las vallas públicas para defenderse un poco del frío invierno de Nueva York. Es impresionante también la reconstrucción del barrio de chabolas que se instaló incluso en medio del Central Park de Nueva York.

El individualismo de la lucha de este hombre por conseguir una vida digna se subraya en contra incluso de su mismo amigo y compañero de trabajo en el puerto. Éste se lanza a la lucha sindical y política porque piensa que los problemas de todos están antes que los personales. El filme parece negarle la razón y rechazar esta opción social por inútil: el camino parece cerrarse con lo que le pasa al protagonista.

El aprecio hacia la familia es otro de los valores que en el filme queda muy bien destacado: el protagonista sabe que es lo único que realmente vale la pena en su vida. Hay un momento en que dice esta frase tan significativa: “Sé por lo que lucho, sé por lo que me juego la vida en el cuadrilátero: por conseguir leche para mis hijos”.

*Cinderella man* tiene en su contra, a un primer contacto, el ser un filme de deportes. El cine de género deportivo no es desde luego un cine muy seguido y querido por los espectadores. En general estas películas se hacen para gustar a un específico grupo de público y siempre tiene ínfulas de triunfalismo y hagiografía. El cine de este género focalizado en el mundo del boxeo es quizá una excepción. Aunque hay un público al que, por sensible, no le agrada por la violencia que se suele representar en los enfrentamientos a puñetazos, sin embargo es muchísimo más interesante, por cuanto no suele contar historias de éxitos y glorias de un equipo que exaltan a la nación. Se podría decir que la historia del “cine de boxeo” corre paralela a los grandes problemas que la vida social norteamericana ha ido sufriendo. Es éste siempre un cine muy americano, donde los problemas sociales se filtran y viran con el color de la lucha individual de sus personajes centrándose en las dolorosas vidas de hombres (ahora también mujeres) que en los combates de boxeo y en el casi siempre siniestro alrededor, luchan por sobrevivir, por encontrar un rincón mínimo en el espacio del mundo.

Ha habido grandes películas de boxeo que en la historia del cine cuentan como grandísimas obras maestras: son cintas que utilizan el pugilato más bien como excusa para reflexionar sobre la misma existencia del ser humano, para analizar el entorno que le rodea –una sociedad muchas veces corrupta– o para cantar la fuerza de la voluntad del hombre para salir del pozo de la miseria y de la decadencia. Es en fin, un cine muy serio y además profundo. Ahí van algunos títulos magistrales muy aconsejables de ver: *El campeón* de King Vidor, *Cuerpo y alma* de Robert Rossen, *Más dura será la caída* del recientemente fallecido Robert Wise, *Toro salvaje* de Mrtin Scorsese y la muy reciente *Million Dollars Baby* de Clint Eatswood.

*Cinderella man* es, pues, una película que utiliza una vez más el boxeo para hablarnos de la noble condición del ser humano. Un filme

que, con sus defectos, es más que estimable, porque además de algunos momentos de logro cinematográfico (por ejemplo la lección moral que da el protagonista a su hijo que ha robado en la tienda comida o cuando acude a pedir limosna a sus antiguos jefes), se encuentran dos prodigiosas interpretaciones y, encima, nos habla de la dignidad del ser humano, de su capacidad de coraje y disciplina para superar las dificultades, del aprecio a la familia, como núcleo que da identidad y enraíza a la persona. Filme lleno de valores humanos, y donde los personajes del mundo boxístico no parecen demonizados a excepción, y eso es un fallo, del último boxeador con quien debe pelear nuestro protagonista.

Ambientada con un buen retrato de la pobreza en los años de la depresión que asoló a los Estados Unidos y que recuerda filmes inolvidables como *Las uvas de la ira* o *La ley del silencio*, cuenta la historia de un boxeador no muy brillante que desde la nada llegó a ser campeón, retando a un terrible y temible boxeador a pesar de sus pocas posibilidades. Este *hombre-cenicienta* que desde la base lucha por dar un poco de leche a sus hijos y mantener a su familia unida está interpretado magistralmente por un casi transformado en otro Russell Crowe que le hace candidato al “oscar” de interpretación, si no fuera porque su vida pública se vea manchada por ciertos escándalos públicos provocados por su poco paciente carácter. Junto a él también destaca Paul Giametti en el papel de sufrido y paciente entrenador y no así Renée Zellweger, tan cansina, insoportable e histriónica como es costumbre.

Quizá lo mejor de este filme, lo que le da un aspecto muy estimable, es la sencillez con que está contado. En algunos momentos se decanta peligrosamente hacia el melodrama, pero pronto se recupera hacia posiciones aunque algo tópicas, también muy clásicas: es lo que, en general, el espectador busca y para eso paga.

**José Luis Barrera**